

Corpus 2019

Eucaristía: Pan del camino a la santidad

*...para que fuésemos santos
e irreprochables ante Él, por el amor.*
Ef 1, 4

Lecturas: Gn 14,18-20; Salmo 109, 1-4; 1Cor 11,23-26; Lc, 9, 11b-17

Querido santo Pueblo de Dios:

En esta solemnidad de Corpus Christi, queremos detenernos en el camino para conservar una memoria agradecida por el regalo que nos hace la Iglesia en darnos tantos santos, mártires y beatos para bendición de nuestra Argentina. En todos ellos podemos contemplar los frutos del misterio que celebramos hoy, porque son los miembros del Cuerpo de Cristo, hermanos nuestros por el bautismo, que nos precedieron en la fe y alcanzaron la gloria prometida a aquellos que abrazaron las bienaventuranzas del Reino.

La Palabra de Dios leída y anunciada en esta Misa «conduce, por decirlo así, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la Eucaristía, como a su fin propio»¹. Palabra y Eucaristía se iluminan mutuamente, y de esta fuente de amor queremos abreviar una vez más su generosa bondad y misericordia para nuestras vidas. «El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva»².

En la primera lectura, el humilde gesto de Melquisedec, aquel misterioso sacerdote-rey pagano, al agasajar al peregrino Abraham con pan y vino, preludia ya el sacerdocio de Jesús, a quien el Salmo proclama: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» (Sal 109, 4; Hb 7, 17). Enseguida este pasaje lleva nuestra imaginación a recrear aquella Última Cena de Jesús en la que celebró la primera Eucaristía con sus discípulos: «Tomó pan y les dijo: “Coman, esto es mi Cuerpo”. Luego tomó la copa y agregó: “Beban todos de ella porque esta es mi Sangre”» (cf. Mt 26, 26-28).

Por su parte, San Pablo nos refiere lo que ha oído a los primeros discípulos: «La noche en que fue entregado, tomó el pan, dio gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes, hagan esto en memoria mía”» (1Co 11, 23-24). Con esta cita expresa la inagotable plenitud del don del amor divino. Lo que Jesús ofrece en esa memorable velada, el Espíritu Santo lo realizará continuamente en la historia hasta que Él vuelva. Jesús no solo parte el pan, que es Él mismo, sino que da a los que lo reciben, a sus discípulos, la orden de poder repetirlo ellos mismos en el futuro: «Háganlo en memoria mía». Desde ese momento, en cada Eucaristía, con profunda acción de gracias al Padre, partimos el pan y comemos el pan y nos hacemos uno en su Cuerpo, y proclamamos «la muerte del Señor» por nosotros, hasta que nos encontremos con Él en su Reino. El mismo Pablo nos enseña que «aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan » (1 Co 10,17).

El Evangelio de San Lucas nos hizo revivir el milagro de Jesús en la multiplicación de los panes y los peces para dar de comer a una multitud. Primero aprovecha la oportunidad para hablarles del Reinado de Dios y curar a los que estaban

¹ Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, 55.

² Francisco, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, 157.

enfermos. En el ocaso del día, los discípulos sugieren a Jesús que despida a la gente en pleno desierto, donde se hacía imposible conseguir alimento y albergue: era una forma de sacarse el problema de encima. Pero el Señor ordena a sus discípulos que ellos mismos les den de comer. Mientras aquellos deliberan y hacen cálculos, Jesús, con gestos que nos recuerdan a los de la Última Cena, tomó los pocos panes y algunos peces y «levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición, los partió...» (Mt 14,19), y los puso en las manos de los discípulos para que sirvieran. El gesto de partir el pan insinúa tanto su sacrificio en la pasión como la infinita multiplicación de sus dones que el Espíritu Santo realiza en todas las Misas; así el amor del Padre Dios se hace visible en el don eucarístico de Jesús.

A todos los bautizados, Jesús nos llama a la perfección del amor, a progresar por el camino de la santidad, el que pasa sin excepción por la Eucaristía. Al recordar a los santos, mártires y beatos que se consagraron a Cristo por el Reino, nos hacen experimentar anticipadamente los bienes que esperamos recibir en el Cielo³. Y al contemplar sus rostros, pensemos que cada uno de ellos se espejó en la fuente del misterio que estamos celebrando y tomó el pan del peregrino para seguir caminando y amando.

San Juan Pablo II explicaba así lo que acontece cada vez que recibimos el Pan de Vida: «La Eucaristía **es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano** y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita»⁴.

Es así: los santos son los que se animan a continuar la Eucaristía en sus vidas y por sus obras la hacen presente en el lugar que les toca servir. Para que la gente pueda conocer y gustar del Pan de Vida, como los apóstoles, reparten lo que gratuitamente recibieron. El Papa Francisco nos dice que esa «santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos»⁵, cada día. A veces nos perdemos en palabras y no sabemos cómo amar a Dios; entonces el mismo Papa nos dice: «Mejor, déjate amar por Dios, que te ama así como eres, que te valora y respeta, pero también te ofrece más y más: más de su amistad, más fervor en la oración, más hambre de su Palabra, más deseos de recibir a Cristo en la Eucaristía, más ganas de vivir su Evangelio, más fortaleza interior, más paz y alegría espiritual»⁶. En la generosa caridad de los santos para con los enfermos y los pobres, aun construyendo este mundo en silencio y sin que lo vean, el Buen Dios reconoce el dispendio de su propia bondad.

Los que forman parte de la comunión de los santos son nuestros amigos del Cielo. Mientras peregrinamos necesitamos de su intercesión y ayuda. Sus vidas nos recuerdan nuestra vocación bautismal y nos animan a buscar el Reino y su justicia. Por eso los vamos a invocar en esta tarde porque creemos que somos un solo Cuerpo y Dios nos alcanza su providencia a través de ellos.

Santos:

- San Francisco Solano.
- Santos Mártires: Roque Gonzáles de Santa Cruz, Juan del Castillo y Alfonso Rodríguez.
- Santo Mártir Héctor Valdivieso Sáez.
- San José Gabriel del Rosario Cura Brochero.

³ Cfr. Misal Romano, Prefacio de los Santos II.

⁴ *Mane Nobiscum Domini*, 25.

⁵ *Gaudete et Exsultate*, 16.

⁶ *Idem*, 161.

- Santa Nazaria Ignacia March.

Beatos:

- Beato Mártir Monseñor Enrique Angelelli.
- Beatos Mártires Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville.
- Beato Mártir Wenceslao Pedernera.
- Beato Ceferino Namuncurá.
- Beata Laura Vicuña.
- Beato Artémides Zatti.
- Beata María del Tránsito de Jesús Sacramentado (Madre Cabanillas).
- Beata María Ludovica de Angelis.
- Beata María Crescencia Pérez.
- Beata María Antonia de Paz y Figueroa (Mama Antula).
- Beata Catalina María de Rodríguez.
- Beato Mártir Gregorio Martos Muñoz.

Santos y Santas de Dios: **rueguen por nosotros.**

✠Mario Aurelio Cardenal Poli